

EL SÉPTIMO CÍRCULO

LA BURLA SINIESTRA

por
NICHOLAS BLAKE



Nunca hubo una historia de asesinato en una aldea con un sabor comparable al de «La burla siniestra». Los horripilantes acontecimientos de Netherplash Cantorum se tornan fascinantes y convincentes a través de los personajes, que son a la vez raros y verosímiles, inclusive la hermosa Vera Paston, los hermanos Card y el mismo Waterson. Los muchos lectores del género que admiran a Nicholas Blake se deleitarán con la originalidad de este nuevo *tour-de-force* en la novela policial.

LA BURLA SINIESTRA

Nicholas Blake

1

EL CUCLILLO NOCTURNO

Jenny y yo estábamos viviendo en *The Quiet Drop* mientras los albañiles terminaban el cuarto suplementario que añadimos a Green Lane para acomodar mis libros. Dentro de una semana pensábamos llevar nuestros muebles de la casa de Oxford e instalarnos, así lo esperaba yo, para disfrutar de nuestra mutua compañía durante los años que me quedaran de vida. Estábamos en una de las primeras semanas de mayo, en el comienzo del maravilloso verano de 1959; maravilloso, pero terrible para Netherplash Cantorum.

Habíamos descubierto la aldea hacía dos años cuando recorriamos Dorset en auto, durante nuestra luna de miel. Dorset ha sido siempre para mí el sin par de los condados ingleses y había resuelto instalarme allí luego de mi jubilación como inspector de escuelas. Jenny y yo nos enamoramos de Netherplash Cantorum a primera vista. En aquel entonces no pensaba jubilarme tan pronto. Pero la penosa enfermedad de Jenny, que la atacó seis meses después de nuestra luna de miel, me obligó a cambiar mis planes. Mi cargo de inspector de escuelas me alejaba con frecuencia de casa, y puesto que estas ausencias habrían podido contribuir a su fase de inestabilidad mental, sentí que era mi deber renunciar a mi puesto en el acto para poder cuidar a mi querida Jenny en su convalecencia.

Por un azar afortunado leí en el diario dominical un aviso de venta de una casa en Netherplash Cantorum; me pareció el sitio ideal para la recuperación de Jenny: un lugar encantador, aislado y lleno de recuerdos felices para ambos. Mis gestiones para la compra de Green Lane tuvieron éxito. El ministerio se mostró muy generoso con respecto a mi jubilación: tendría yo mi modesta pensión; podría tomar algunos exámenes en la Junta de Oxford y Cambridge y posiblemente tener algún alumno, en privado, de cuando en cuando, durante las vacaciones; debo aclarar que fui durante algunos años profesor de literatura clásica en Amberley; además, me había prometido siempre a mí mismo emprender la edición de la *Eneida* cuando empezaran mis años de ocio.

Espero reanudar la tarea pronto. Pero siento que primero debo escribir el relato de lo ocurrido el verano último, aunque solo sea para sacarme de adentro todos esos horrores.

Pero advierto que he sido descortés en no haberme presentado al posible lector de lo que voy a contar. Me llamo John Waterson. Soy *Master of Arts*^[1] en la Universidad de Oxford y me estoy acercando rápidamente –demasiado rápidamente– a mis sesenta y dos años. Tengo dos hijos de mi primera mujer, que murió en el año 1946. Sam, de veintidós, es periodista y trabaja en un diario de Bristol. Corinna ha cumplido diecisiete. Me considero muy afortunado con los dos, y sus relaciones con la madrastra son excelentes. Esto es tanto más satisfactorio para mí cuanto que Jenny es veinticinco años menor que yo.

En lo que respecta a mi querida Jenny, me es imposible escribir sobre ella con alguna objetividad. Era profesora de música en un famoso colegio de niñas. El azar y nuestra profesión hicieron que nos encontráramos. Yo me enamoré de ella. Tal como yo, estaba muy sola en aquel entonces. Durante mi tiempo no pude creer que mis sentimientos fueran correspondidos; pero Jenny, sin la menor

vergüenza, venció mi incredulidad. ¿Qué más puedo decir? Me ha devuelto mi juventud... o la ilusión de la juventud. Las pruebas por las cuales hemos pasado, y superado, han demostrado sin duda la fortaleza de nuestro matrimonio. Jenny ha salido triunfante de la tensión que los acontecimientos del último verano impusieron a su mente: una terrible tensión que, temo yo, fue acrecentada por indignas sospechas y dudas. Después que hubo pasado todo, le pregunté si no le gustaría irse de Netherplash Cantorum; pero me dijo que puesto que esos acontecimientos no habían logrado hacerle perder la razón, nada podía persuadirla a abandonar el hermoso lugar. Jenny se niega, debido a su pasada dolencia, a tener un hijo; pero tenemos a Sam y Corinna, y cada uno de nosotros encuentra en el otro toda la felicidad que el más ilusionado de los seres humanos podría razonablemente esperar.

Era la noche del 10 de mayo. *The Quiet Drop* acababa de cerrar. Jenny y yo tomábamos el último trago con los Kindersley, dueños de la taberna, antes de retirarnos a dormir. Las ventanas estaban abiertas y entraba una suave brisa del sudoeste que dispersaba el tufo de la cerveza y del cigarrillo. Sorbiendo mi *whisky* con agua, observaba a Jenny, encaramada en un taburete del bar, mientras hablaba con Dorothea Kindersley. Formaban un contraste encantador. *Mrs.* Kindersley es alta, morena, con una especie de belleza pálida, apacible, que me recuerda la flor de tabaco al anochecer, y tiene una gracia de movimientos que daban dignidad a la simple tarea de lavar y secar los jarros de cerveza. Jenny, pequeña y vivaz, con su suave cabellera rubia reflejada en las botellas detrás del bar, hablaba y reía en pequeños estallidos como gorjeos de pájaro, sus manos de pianista, de dedos cuadrados y cortos estaban, advertí con alegría, relajadas: habían pasado aquellos días en que se las veía tan lastimosamente tensas e inquietas.

—¿Y quién vive en la casa solariega? —preguntó Jenny.

–Mrs. Paston. Ronald Paston. Es un hombre de negocios –respondió Dorothea.

Fred Kindersley se volvió, dejando de arreglar los cajones de botellas vacías detrás del bar.

–Si puede decirse «vive» –observó con su modo seco –. No se le ve mucho en Netherplash, exceptuando los fines de semana.

–¿Un terrateniente ausente? –dijo Jenny.

Fred levantó su vaso de cerveza del mostrador, le echó una mirada automática, apreciativa, propia del tabernero, mientras lo sostenía contra la luz, y tomó un trago. Sus movimientos y su voz nortea eran deliberados: he aquí un hombre, pensé, que no se apresuraría a tomar una decisión, pero que, una vez tomada, se mantendría firme en ella.

–Compró la mayor parte de la aldea cuando llegó aquí hace dos años. No esta taberna, sin embargo; ni la casa de ustedes. Pero créame, no es un mal terrateniente. Ha realizado una cantidad de reparaciones y mejoras que los Card no hubieran podido costear.

–¿Los Card?

–La gente a quien le compró la propiedad. Dos hermanos. Perteneció a la familia desde 1620, creo.

–Pero a usted no le gusta –Jenny dirigió a Fred su más bonita sonrisa.

–Vamos, vamos, Mrs. Waterson. Los taberneros no podemos darnos el lujo de que no nos gusten los clientes... no en una pequeña aldea –respondió Fred, con una mirada burlona.

–Oh, pero usted no es un tabernero común, no puede simular que lo es.

Lo que dijo Jenny era muy cierto. Fred Kindersley es un hombre culto y su apariencia –el pelo muy rubio, casi blanco, las facciones bien definidas, la mirada recta de sus ojos azules– es de una notable distinción: está a tono con la dulce dignidad de su mujer. Habían llegado a Nether-

plash Cantorum hacía cuatro o cinco años, hechizados como nosotros por la belleza de la aldea y sus alrededores; después de alquilar *The Quiet Drop*, lo trasformaron de una decrepita aunque pintoresca cervecería en una pequeña hostería de primera clase, instalando unos pocos cuartos de huéspedes con un gusto y un confort admirables y una cocina cuyas comidas ya habían adquirido en el condado un renombre casi legendario.

—¿Y qué ocurrió con los Card... el viejo hacendado y su hermano? —inquirí—. Debe de haber sido para ellos un tremendo arrancón dejar la aldea.

—Oh, no la dejaron —repuso Dorothea—. Se mudaron de la casa solariega a esa casa en el prado —se llama Pydal—, la alcanza a ver si mira a su izquierda a través de los árboles.

—Sí. Un viejo curioso, Alwyn. Una persona rara, podríamos decir. No es que sea tan viejo; todavía está más acá de los sesenta, diría yo. Los dos pertenecen a una muy antigua familia de Dorset. Afición por los nombres sajones: Alwyn, Egbert.

—¿Ese es el hermano?

—Medio hermano.

—¿Cómo es Egbert? —preguntó Jenny.

—Licencioso —contestó escuetamente Fred. Advertí un leve rubor en las pálidas mejillas de su mujer; sus ojos estaban bajos, de modo que no pude ver su expresión.

Por cierto, esto no había escapado a mi querida Jenny. Cuando, cinco minutos más tarde, nos retiramos a nuestro dormitorio, me dijo:

—¿Crees tú que el licencioso Egbert se ha propasado con Dorothea?

—Si fue así, estoy seguro que ella lo hizo entrar en vereda.

—Sí. Yo no podría tomar en serio los avances de un hombre que se llama Egbert —después de una pausa, suspiró—: Ah, ojalá yo fuera tan linda. Realmente linda.

–¿Cómo Egbert?

–No seas absurdo, mi viejo querido. Como Dorothea.

–Presumo que sería inútil decirte que echaras una mirada en ese espejo.

–Completamente inútil. Ya sé que *tú* piensas que soy bonita, pero...

–No lo pienso.

Durante un instante pareció sobresaltada, dolorida, como si yo le hubiera pegado. Recordé lo frágil que era todavía su confianza en sí misma. Y me apresuré a decir lo que iba a decir.

–No pienso que eres bonita. Sé que eres la mujer más linda que he visto en mi vida.

Jenny me arrojó los brazos al cuello.

–Sigue pensando eso. ¡Por favor! –su voz era apremiante. Sus brazos me estrecharon con más fuerza.

–Por supuesto que sí. Demasiado linda para estar desperdiciada en un viejo bodoque como yo.

–Estás faltando a tu palabra. Prometiste no... no hablar nunca de nuestras respectivas edades.

–Pero hace un momento me llamaste viejo querido.

–Ah, pero eso es distinto. Fue una expresión de afecto, así que no recurras a la argucia.

Cuando ya estuvo en ropas de dormir, Jenny me llamó junto a ella en el asiento de la ventana pequeña y baja y nos pusimos a mirar la aldea dormida a la luz de la luna. Delante de nosotros, a unos ochenta metros hacia el oeste del prado, se destacaban las paredes blanqueadas de Green Lane, casi pronta ya para ser nuestro hogar. Muy alta, por encima de ella, se extendía la línea de las colinas con un negro y nítido borde recortado sobre el cielo. El aire en ese momento estaba inmóvil. El perfume del césped humedecido por el rocío y de los alélfes subía hasta nosotros. La aldea parecía respirar paz.

En los ojos gris-azulados de Jenny asomaron lágrimas.

—Oh, mi amor, vamos a ser tan felices aquí; sé que es así. Es nuestro paraíso. Paraíso recuperado. Eres tan bueno conmigo.

Unos minutos después, el cuclillo empezó a cantar... desde algún lugar en la hilera de árboles que bordeaban la calle situada a nuestra izquierda. Al principio la cosa nos pareció agradable y extraña.

Acostados en la cama, discutimos la cuestión de que este cuclillo que cantaba tan tarde en la noche podría ser un fenómeno sin par. Ni Jenny ni yo habíamos oído decir jamás que semejante cosa hubiese ocurrido alguna vez. Con excepción de la hora anormal, su canto era completamente común: seis a diez «cucúes» seguidos de silencio, cada silencio ilusionándonos con la esperanza de que el detestable pájaro se hubiera dormido por fin o bien volado a otra parte. Pero cada vez el canto se reanudaba. Sentí que Jenny, junto a mí en el lecho, se ponía tensa y rígida. Me levanté, y asomándome por la ventana, grité y empecé a batir las palmas. El efecto fue nulo: el cuclillo es un pájaro tímido, furtivo, pero como a otros pájaros, lo alarma más el movimiento que el ruido, y era evidente que no podía ver mis ademanes frenéticos. Cuando volví a la cama observé, a la luz de la luna, las gotas de sudor que brillaban en el nacimiento de los finos cabellos de Jenny. Me sentí consternado al oírle decir con aquellas inflexiones de ansiedad que había esperado no volver a escuchar jamás:

—John. ¿No... no es imaginación mía, verdad? ¿Tú lo oyes? Dime la verdad.

—Por supuesto que lo oigo, mi amor. Toda la aldea debe oírlo, creo yo.

—¿Por qué no va alguien a hacerlo callar entonces? No puedo soportar...

—Yo iré. Ahora mismo.

—¡No! ¡No me dejes, John! —levantó la voz con un asomo de histerismo—. ¡No debes dejarme!

–Muy bien, Jenny –decidí poner las cosas en claro–: No es un ruido en tu cabeza, querida, si eso es lo que te preocupa.

Me miraba con gran fijeza, como una criaturita presa de algún terror nocturno, a quien la presencia del padre ha devuelto a medias la tranquilidad.

–Oye, ¿por qué no tomas una de tus píldoras para dormir?

Jenny movió negativamente la cabeza con obstinación. Le había sido bastante difícil romper con el hábito de los sedantes que habían constituido una parte necesaria de su tratamiento, y estaba decidida a no empezar de nuevo.

–Ya sé. Algodones.

Busqué un paquete de algodón, arranqué dos trocitos, los unté con crema para el cutis y se los introduje en los oídos. Tuve un momento de pánico al pensar que podría oír el cucú y convencerse entonces de que era una voz imaginaria latiéndole en el cerebro. Pero la tensión se borró de su rostro: sonrió, y extendió el brazo buscando mi mano.

–¡Oh, querido, qué haría sin ti!

Me quedé sentado en el borde de la cama, vigilante, mirando a Jenny mientras se quedaba dormida, oyendo ese maldito pájaro que reiteraba sus fatigosas e ininterumpidas notas. «¡Oh, cuclillo! ¿Te llamaré pájaro, o solo una errante Voz?». Yo sentía una fuerte inclinación por llamarlo un intolerable estorbo. De haber podido cerciorarme que Jenny estaba profundamente dormida y no iba a despertarse para comprobar mi ausencia, hubiese salido y arrojado unas cuantas piedras al pájaro. El ruido parecía provenir de esos árboles a los costados de la calle; pero es bastante difícil localizar un cuclillo hasta en pleno día – su canto repiquetea con aire burlón alrededor de uno... ¡y no digamos de noche!–, por lo tanto, comprendí en forma cabal cómo lo había sentido Jenny dentro de la cabeza.

El tiempo había pasado y estábamos en esa hora sombría en que nos sentimos desfallecer: la hora antes del al-

ba. Desvelado, exasperado, me senté en el asiento de la ventana mientras el cuclillo cantaba y Jenny se movía intranquila en el sueño. No me atrevía a encender una luz por miedo de despertarla. Y en ese preciso instante, los poderes de las tinieblas, hablando a través del cuclillo, me asaltaron con un pensamiento terrible. Cualquiera que haya estudiado los clásicos desde la adolescencia, tiene propensión a sentirse emocionado, por más que la razón lo rechace, por el concepto de presagios buenos y malos. Sentí que era este un comienzo ominoso para nuestra vida; no porque el cuclillo hubiera asustado a Jenny, sino por la vieja asociación de *cuckoo* y *cuckold*^[2]. Jenny me ama de todo corazón, me dije; sí, pero es una mujer joven; yo soy un hombre mayor. Mientras me necesite como compañero, como una especie de padre además de amante, como un apoyo para su temperamento inestable, todo irá bien. Pero ¿cuánto tiempo durará esta dependencia, ahora que ha recobrado la salud mental? ¿Qué derecho tengo a esperar que con su hermosura, su vitalidad, su apasionado interés por los seres humanos, siga estando emocionalmente satisfecha con un viejo bodoque reseco como yo?

Oí una voz atroz que me susurraba en el oído: ¿De modo que te convendría mantenerla en su inestabilidad?, ¿no es así? ¿No es así?

El Demonio, o lo que quiera uno llamarle, es notablemente vulgar en sus avances. Sonreí, sabiendo por demás que con gusto moriría mañana si mi muerte pudiera devolver la salud a Jenny. Sin embargo, una gotita del veneno me había salpicado, y el escozor perduraba en mi cerebro. *Cuckoo... cuckold... juventud... vejez.*

Seguía luchando contra estos pensamientos obsesivos cuando me sobresaltó un tiro de escopeta. Provenía de la oscuridad a mi izquierda. Después del disparo se produjo un silencio y luego estalló el canto del cuclillo en aquel árbol. Se oyó un segundo tiro y esta vez el tirador había da-

do en el blanco. El murmullo de algo que caía entre las hojas y las ramas, un golpe apagado, luego pasos que cruzaban la calle y después un portazo. Deduje que el matador del cuclillo debió venir de la casa solariega que está situada más lejos sobre la calle, a unos sesenta y tantos metros de la hostería y sobre el mismo lado.

Ahora que el pájaro había dejado de ser una voz, porque había volado o por otra causa, podía volver a la cama. Pero seguía insomne, y al rato el coro del alba comenzó a entonar su melodiosa algarabía, disipando toda esperanza de dormir. A pesar de mi cansancio físico, mi mente estaba activa, concentrada en cierta anomalía que había advertido en la matanza del cuclillo. Escribí una nota para Jenny y la prendí en la almohada junto a ella: «Mataron al cuclillo. He salido un momento para buscar los restos». Poniéndome el pantalón y un grueso *sweater* sobre el pijama, me deslicé por las escaleras, abrí el cerrojo de la puerta de calle y salí al pálido resplandor de la mañana. Al avanzar por la calle vi que se me habían adelantado en mi curiosidad científica. Un hombre hurgaba entre el pasto y la maleza que crecía debajo de los árboles que bordeaban el prado.

Era un individuo pequeño, rechoncho, que vestía una chaqueta Norfolk de corte antiguo y bombachas; llevaba un maletín colgado del hombro. Cuando me acerqué advertí que su rostro era más joven de lo que había sugerido su tupido pelo blanco: un rostro rosado, mofletudo, que me hacía recordar a esas caras de caucho con las que uno solía jugar en la infancia, apretándolas para darles diferentes expresiones. Si lo hubiera encontrado en un club londinense, lo habría clasificado como un actor distinguido en la tradición de la comedia de salón que en la época actual está tan alejada del favor de la joven generación.

Me saludó, muy alegre, con la mano.

—Buenos días, señor —dijo—. ¿Vino a buscar el cadáver?

—¿Usted fue quien mató al cuclillo?

–No. Yo solo yacía insomne, maldiciéndolo inútilmente –su voz era agradable, con registro de tenor ligero, un poco vibrante, con la clase de nota de cabeza que emiten los tenores británicos en los recitativos–. Permítame que me presente. Me llamo Card. Alwyn Card. ¿Vive usted en *The Quiet Drop*?

–Hasta que me mude a mi casa. Soy John Waterson. He alquilado Green Lane.

Me estrechó la mano con cordialidad; tenía ojos celestes, chispeantes.

–Espléndido, espléndido. Encantado de conocerlo. Bienvenido a Netherplash Cantorum. Me anunciaron su llegada. Siento que no hayamos podido ofrecerle nada mejor que ese maldito pájaro como comité de recepción.

–¿Lo encontró?

Sus ojos mostraron una mirada vaga durante un momento.

–Ah, ¿el cuclillo? No –volvió a hurgar entre la maleza con su bastón–. Es tan difícil localizar con precisión el sonido. ¿Es usted ornitólogo?

–No, nada de eso. Pero ¿no es extravagante que un cuclillo cante de noche?

–Yo lo creía así. Aquella es mi casa, allá.

Señaló con el bastón un edificio extendido, blanqueado, visible entre los árboles, sobre el borde izquierdo del césped.

–Vivíamos en la casa solariega, sabe usted. Pero los impuestos a la herencia y demás... Venga a tomar un café. Hace un frío del demonio aquí afuera.

Con mucha cortesía rechazé la invitación diciendo que tenía empeño en seguir buscando el pájaro muerto.

–Comprende usted –expliqué–, hubo algo raro en esto... ¿Oyó los tiros?

–Oh, sí. Le ruego que continúe; me resulta usted muy interesante –replicó Alwyn Card con su modo burlón.

–Pues bien, hubo un disparo. Luego el cuclillo empezó a cantar de nuevo. Después, un segundo tiro, y calló. ¿Por qué no lo hizo alejarse asustado el primer disparo?

Me miró con vivo interés.

–Pero los cuclillos a menudo cantan en vuelo cuando van de un árbol a otro.

–Sí; pero su canto después del primer tiro, procedía del mismo lugar. Y cuando dispararon el segundo tiro oí caer el cuerpo por entre las ramas.

–Muy significativo, mi querido Holmes –Alwyn me miraba alborozado–. Debe haber sido un cuclillo sordo. Era en verdad en extremo insensible para poder mantenernos despiertos de ese modo. Oh, bueno –prosiguió, extrayendo una lata de tabaco y una pipa de su maletín–, «la pipa primera de los pájaros apenas despiertos».

El deplorable juego de palabras lo situaba en la época del *Punch* victoriano o eduardiano. No es que yo sea enemigo declarado de ese tipo de chistes: pueden significar cierta vivacidad intelectual, aunque sea de orden inferior. Y la personalidad de Alwyn Card empezaba a ejercer sobre mí su poderoso influjo. Dejó caer con un sonido metálico la lántanle tabaco dentro del maletín, y encendió la pipa. Advertí que su traje estaba gastado y los puños de su camisa raídos. Volviendo la espalda al césped, examiné su casa ancestral cuya noble fachada jacobina cambiaba poco a poco en la creciente luz del alba, del gris al oro viejo de sus piedras de Ham Hill. Un Verde prado se extendía hasta el bajo muro de piedra que la separaba de la calle. Los ventanales góticos de dos vidrios separados por una columna eran como hileras de ojos pesadamente dormidos.

–¡Qué lástima haber tenido que venderla! –observé, tanteándolo. Un espasmo de emoción cruzó el rostro de Alwyn.

–Y bueno. *Témpora mutantur, nos et...* Tenemos que marchar con la época. Yo salgo y él entra. ¿Lo conoció? Es-